Legajo 6
Letra M

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

7478

MUJERES QUE MATAN

Y

MUJERES QUE MUEREN,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

ANTONIA OPISSO VINYAS.

Estrenado con éxito en el Teatro Romea de Barcelona, la noche del 20 de mayo de 1881.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES
OFICINAS: POZAS—2—2.º

1881

MUJERES QUE MATAN

Y

MUJERES QUE MUEREN,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

ANTONIA OPISSO VINYAS.

ESTRENADO CON ÉXITO EN EL TEATRO ROMEA DE BARCELONA,
LA NOCHE DEL 20 DE MAYO DE 1881.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.º

1881.

PERSONAJES.	ACTORES.
María	Srta. Bernal.
Fanny	Sra. Perez (D.ª Virginia).
Duquesa	» Rizo.
Rafael	Sr. Miquel.
Julian	» Isern.
Cárlos	» Valls.
Fernando	» Molas.

Un criado.

Accion en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autora y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La autora se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BARCELONA:
Imprenta de Luis Tasso, Arco del Teatro, números 21 y 23.

ACTO PRIMERO

Gabinete elegantemente adornado. Puerta al foro y laterales, dos á la derecha que conducen á las habitaciones de la duquesa y de María. Las de la izquierda á las de Rafael. Ventanas á ambos lados de la puerta del foro. A la izquierda una chimenea con espejo, reloj y candelabros de bronce. A la derecha, primer término, un velador. Lujosos cortinajes, mobiliario correspondiente al buen gusto de la habitacion.

(Las palabras derecha é izquierda indican siempre la del espectador). Fanny y María vestirán trajes de paseo.

ESCENA PRIMERA.

FANNY, RAFAEL.

RAF. *(Entrando por la puerta de la izquierda y mirando la escena con atencion como para asegurarse de que está sola la habitacion).* Sin temor puedes salir. *(Entra Fanny).* Los umbrales de estas puertas nadie los pasa sin prévio permiso; y sepamos al fin ¿qué te ha parecido mi galería? pues que sólo el deseo de conocer los cuadros que la componen te ha traido á mi casa, ¡sentimiento artístico, no de amor!

FAN. Tu galería digna de la fama que goza, tu queja no muy galante, este gabinete muy bello y confortable *(con ironía).* Se comprende perfectamente tu negligencia en disponer nuestro regreso á Paris; cuando se habita un pala-

672561

cio suntuoso, es insensatez, delirio dejarlo por modesto hotel de soltero.

RAF. Mal me juzgas; bien sabes que poderoso motivo me llamó á Madrid.

FAN. Eso me dijiste, bien que todavía ignoro qué es ello.

RAF. Y yo á mi vez; pero hoy me será conocido. Me llamó mi madre para comunicarme, segun me indicó, importante cuestion. Obedecí su ruego, y á pesar de que han cumplido quince días que llegué á Madrid, ignoro todavía á qué he sido llamado. Resuelto estoy á recordar á mi madre su indicacion, y en cuanto la haya complacido regresar cuanto ántes á Paris *(transicion)*. Pero dime. ¿Capaz has sido de creer que me atrae la suntuosidad de esta morada? ¡al contrario! me rechaza, me aleja de sí! Bien lo ves; todo es aquí severo, imponente y grave sobre toda ponderacion es el carácter de mi madre, en cuyo semblante no asoma nunca la más leve sonrisa; ¡quizá eso me apartó de su lado! Dicen que es el rostro de su madre el primer cielo que ven los hijos! era tan sombrío el que yo miraba, que anhelante corrí en busca de otro más hermoso y sereno, ví tus ojos y hallé mi cielo! *(con mucha ternura)*. ¿Cómo es posible que intente prolongar nuestra separacion?

FAN. Así te quiero: no celoso.

RAF. Y yo á tí sin que me des motivo para estarlo *(con dulce reconvencion)*.

FAN. Celoso porque acepté un *bouquet*? obsequio más inofensivo no cabe en lo posible. Miéntras las flores se conservan lozanas, dura el recuerdo del que las ofrece; agostadas al poco tiempo las separamos de sí como un objeto molesto á nuestros ojos.

RAF. Sin embargo, no quiero aceptes obsequio alguno.

FAN. Pues mira, uno he admitido.

RAF. ¿Cuál es?

FAN. Tú me lo negaste ayer; hoy otro más complaciente me lo ha ofrecido y yo lo he aceptado *(con desenfado)*.

RAF. ¿El collar de perlas? *(con interés)*.

FAN. No, pues bien sé que no voy á quedarme sin él.

RAF. Lo tendrás esta noche. Entónces ¿qué es ello? Fanny, ya la inquietud me atormenta.

FAN Mira. *(Mostrando un billete que Rafael lee rápidamente)*.

RAF. Una invitacion para el baile que da mañana la embajada francesa! *(rompiendo el billete)*. No irás; lo quiero! lo exijo! *(con resolucion)*.

FAN. ¿Pues no he de ir? A ello ¿quién se opone?

RAF. Yo.

FAN. ¿Con qué derecho? *(indiferente)*.

RAF. Con el que mi amor me otorga, y advierte, Fanny, que donde hay amor hay celos, y á los celos sucede siempre odio implacable, que más crece á medida que más se le quiere acallar.

FAN. ¿De nuevo amenazas? Has olvidado que es mi norma el libre albedrío, y oponerte á él es querer contener turbulentas olas de agitado mar, con frágil dique de arcilla? *(con desden)*.

RAF. Esa invitacion, ¿quién te la ha ofrecido?

FAN. Quien me dará una segunda si de nuevo te niegas á acompañarme. No podrás quejarte de mi extrema condescendencia.

RAF. Sólo para saber quién te ofreció esa invitacion no voy á complacerte.

FAN. Temoso estás á fé mia.

RAF. Implacable has de hallarme. Adivino que otro hombre pretende tu amor, y eso no puedo consentirlo; persistes tú en tu negativa, yo en mi afirmacion. Que tú no eres insensible á sus obsequios claramente lo revela tu condescendencia en aceptarlos; que yo no he de tolerar ya más sus pretensiones y tu desvío, me lo aconseja mi dicha amenazada.

FAN. (Este amenaza y el otro implora; éste camina á la ruina y al esplendor de la fortuna el otro).

RAF. ¿Qué resuelves?

FAN. Por de pronto irme á la Castellana; luégo veré *(disponiéndose á salir)*.

RAF. Pues mira bien lo que resuelves.

FAN. Rafael, hasta la noche, si vas al Real.

RAF. No dejaré de ir, Fanny; hasta la noche. *(La acompaña hasta la puerta del fondo, despidiéndola con marcadas muestras de atencion)*.

ESCENA II.

DUQUESA, RAFAEL.

RAF. Yo aplacaré tu vuelo. Sepamos qué quiere mi madre, y en cuanto la haya complacido te vuelvo á Paris; eres aquí planta exótica de peregrina hermosura; ¿qué mucho que quien te descubra sólo sepa admirarte, y admirarte más cuanto más te mire?

DUQ. Al fin consigo hallarte solo. *(Entra por la primera puerta de la derecha)*.

RAF. Buscándote andaba.

DUQ. ¿Qué me quieres, hijo mio?

RAF. Hé aquí precisamente lo que quería preguntarte: ¿qué me quieres? ¿por qué me llamaste á tu lado?

DUQ. ¿Duélete quizá?

RAF. Bien sabes que no; pero es tan extraordinario lo que acontece; por no fiar al correo una misiva, me obligas á dejar Paris; atendí tu indicacion, y sin embargo, ignoro todavía por qué me has llamado.

DUQ. ¡Es tan amargo el motivo!

RAF. La duda es más amarga todavía.

DUQ. Siéntate á mi lado, Rafael. *(Rafael hace un signo negativo)*. No quiero afligirte, hijo mio, pero no debo ocultarte que mi avanzada edad, los sufrimientos morales que cada

vez más minan mi existencia, la idea de que Dios puede llamarme á juicio dentro de breve plazo, han hecho que haya pensado en hacer mi testamento.

RAF. No prosigas; hazlo en buenhora, pero no me des cuenta de tan sagrada resolucion *(contrariado)*.

DUQ. Es inevitable, Rafael. Para mayor claridad, para obrar con entera conciencia, no deseando perjudicar en lo más mínimo tu porvenir, y conocer el estado de las rentas de nuestra sobrina y pupila María, he pedido á todos nuestros administradores la liquidacion exacta y precisa del estado de nuestra hacienda y fortuna.

RAF. (Ya pareció aquello).

DUQ. Ya me es conocido, Rafael. Sobre la Asturiana, nuestra posesion de Oviedo, pesa un gravámen de veinte mil duros; sobre la Palmera de Alicante, uno de diez mil, y otro de catorce mil sobre la Esperanza de Andalucía. Yo no he autorizado á nadie para la hipoteca de esas fincas; ¿con qué derecho lo has hecho tú?

RAF. Era tan limitada la pension que me habías señalado...

DUQ. ¿Limitada una pension de doce mil duros? *(con asombro)*. Pues con mucho ménos pienso dejarte en adelante.

RAF. ¿Qué te propones?

DUQ. Has cumplido ya veintiocho años, edad no la más propia para permanecer soltero el único descendiente de ilustre casa. Antes de dejar la existencia quiero saber quién llevará nuestro título, á qué sienes ceñirás nuestra ducal diadema, ganada, Rafael, con la sangre de tus antepasados y ostentada por las más virtuosas damas de nuestra grandeza; no es andrajosa alhaja que se otorga por impuro beso *(con mucha intencion)*, es inmaculado emblema de nuestra extirpe, de nuestro nombre.

RAF. Discreta observacion que sinceramente voy á contestar. Acepto tu testamento, que puedes formar á tu gusto; pero al aconsejarme el matrimonio has pedido dos desventuras, la de la mujer que trates de imponerme y la mía. No puedo complacerte.

Duq. Renuncias á formar una familia; en ese caso, ¿qué porvenir acaricias?

Raf. Al presente ninguno; veré más adelante, y pues que conozco ya el motivo de nuestra entrevista, si no dispones lo contrario, regresaré mañana á Paris.

Duq. ¿Por qué esa aficion á Paris?

Raf. Todo allí me sonríe.

Duq. Hasta las mujeres de cierta clase *(con dulce reconvencion)*. ¿No es cierto, Rafael? *(con tristeza)*.

Raf. Tal indicacion... (*contrariado*).

Duq. Es inconveniente, lo sé; pero conozco tu vida parisiense y no debo ocultarte que lo que á tí te sonríe á mí me causa amargo duelo; que lo que á tí te parece senda de flores, á mí me desgarra el alma cual si la oprimiera círculo de espinas y si mi cariño hácia tí me inclina á tolerar tus calaveradas, mi conciencia y mi deber me aconsejan que he de poner término á ellas.

Raf. ¿Capaz serías de ejercer tu autoridad en menoscabo de mi dicha?

Duq. ¿Y crees tú que tu dicha es para mí ménos querida que por tí? Pues porque la veo pronta á perecer, me opongo á que seas tú quien la destruya. Dentro esta casa tú serás el jefe de familia; intentando emanciparte resuelta estoy á ejercer los derechos que el testamento de tu padre y mi autoridad me conceden (*se retira*).

ESCENA III.

Rafael.

¡Peregrina situacion! Mi madre amenaza y Fanny se rebela. Fortuna que acaba el día, pues malo amaneció para mí... Alguien llega. ¡Si fuese Cárlos! Tengo tanta necesidad de hablar con alguno que no se asuste de mis palabras!

ESCENA IV.

RÁFAEL, JULIAN.

JUL. ¿Das tu permiso?

RAF. Adelante, Julian; el cielo te envía.

JUL. Y mi deseo de abrazarte *(abrazándole)*. Quince días de estar en la córte y sólo dos veces me ha sido dado verte.

RAF. Apénas salgo.

JUL. Eso, y, por añadidura, la consigna que has dado á tus criados. Cuantos amigos han ido á verte, ó se les dice su excelencia no recibe, ó ha salido su excelencia; por cierto que Cárlos de Velasco anda muy amostazado por ello.

RAF. ¿Cárlos ha estado á verme? pues si dí su nombre el día de mi llegada para que se le permitiera entrar y salir de mi casa cuanto le pluguiere.

JUL. Es particular.

RAF. No te quepa duda. Sin embargo, no saldré de Madrid sin verle.

JUL. ¿De nuevo piensas dejarnos?

RAF. Debo partir; no estoy bien aquí.

JUL ¿Qué te atormenta?

RAF. Cuanto me rodea. Anhelo verme libre de indiscretas preguntas y acusadoras miradas; dejar el trato de esa sociedad tan ceremoniosa, tan ruborosa y recatada, en cuyos oidos sólo hallan eco adulaciones friamente calculadas, donde se consideran irresistibles los hombres que consiguen una mirada ó una sonrisa de una mujer cuya fama consiste en ser la esposa del general A ó B, ó la hija de famoso diputado Parlaembalde. Y á eso llamais sociedad? á eso gran mundo? eso es vivir en el limbo. La ver-

dad, Julian; me acosa triste nostalgía de los alegres días que disfruté en Paris.

JUL. Permíteme que me asombre; la sociedad madrileña tiene fama entre las primeras de Europa.

RAF. Felices los que tal opinan; de mí sé decirte que con quince días que llevo de vuestra sociedad madrileña me parece que hace una eternidad que estoy incomunicado con el resto del mundo.

JUL. Algo habrás dejado en el extranjero que preocupa tu atencion. Ya nos contó la fama alguna de tus aventuras.

RAF. Nada he dejado; todo lo he traido (*con intencion*).

JUL. ¿Qué es lo que has traido?

RAF. No te asombres. *Ma maitresse*. Es peligroso dejar un tesoro de amor, si lo guarda un portento de hermosura.

JUL. ¿No amas á María? (*con interés*).

RAF. Renuncio para siempre á su amor.

JUL. ¡Gracias, Rafael! (Alienta, esperanza mía! no desmayes! ¡no desmayes!) (*con expansion de dicha*).

RAF. Al parecer habrás puesto en ella tus ojos.

JUL. Hasta hoy tan sólo para ver como ella separa de mí los suyos (*con tristeza*).

RAF. Pues ¿qué más quiere María que un hombre perfecto como tú? Igual es vuestra cuna, espléndida vuestra posicion: ¿en qué apoya su indiferencia mi prima? Milagro será que su soñadora imaginacion no le haya forjado un sér sobrenatural; pero le hablaré, y cuando compare tus circunstancias y sus prendas, verá que eres muy superior á ella, que no te merece.

JUL. No la acuses, Rafael; merece más, mucho más; María es la personificacion de la belleza que cautiva, más que los ojos, el alma, porque es tu prima tan buena, tan noble y generosa, que si la virtud no existiera, su paso por el mundo la creara.

RAF. Alto concepto te merece. Preciso será le hable en tu favor.

JUL. ¿Capaz serías de hacerlo?

RAF. Como tú de dudar que lo hiciera.

JUL. Sería mi dicha tan grande que eso me induce á dudarlo *(transicion)*. Y tú, Rafael, ¿qué piensas hacer con esa mujer en Madrid?

RAF. ¿Pues qué quieres que haga, santo varon? lo que hasta hoy, satisfacer sus caprichos en cambio de su amor.

JUL. ¡De su amor! Amor pagado, amor vendido! (*con dolorosa expresion*). ¡Qué horrible sarcasmo, qué obcecacion! absurdo más sangriento no cabe en lo posible.

RAF. Pero ven acá, seráfico jóven del siglo XIX, ¿por qué te exaltas? de qué te asustas? por qué te asombras? A las esposas no hay que sostenerlas? ¿no viajan? ¿no asisten á espectáculos? ¿no apetecen joyas y trajes? pues, chico, eso no se da de balde, hay que pagarlo tambien.

JUL. Por caridad no pongas en parangon el matrimonio, institucion que Dios bendice, y el amor libre, regocijo del infierno.

RAF. El matrimonio, donosa institucion, sobre todo debe parecerles sublime á esos hombres de condicion tan pacífica que, careciendo de toda posicion, la vislumbran en el dote de una mujer; para esos vividores de oficio se comprende el santo yugo, el lazo indisoluble, muy estrecho, que no se rompa, que no se quiebre. Yo soy más digno, Julian; pudiendo sostener, no quiero ser sostenido.

JUL. Mal andan mis esperanzas á medida que descubro tus aspiraciones. No me falta á mí esa dignidad que invocas, Rafael, y sin embargo deseo unir mi suerte á la de la mujer que adoro. Si llego al colmo de mi dicha haciéndola mi esposa, satisfaré hasta el último de sus más atrevidos deseos; la llevaré á espectáculos y á viajes, la ofreceré joyas y trajes; pero seré yo en el mundo el solo, el único hombre que tal derecho, ¿qué digo derecho? que tal deber posea. En cambio á tu portento los obsequios que tú le prodigas otro hombre puede ofrecérselos.

Eso inútil es te lo recuerde; por experiencia propia debes tú saberlo.

RAF. A buena hora me lo recuerdas. Por de pronto preciso será me prestes un favor.

JUL. Sepamos qué puede este santo varon hacer por chico tan listo.

RAF. Ayer sobre un velador del aposento que Fanny ocupa en el hotel de la Paz ví un ramo de camelias al que acompañaba blasonada tarjeta; aquel escudo no me es desconocido, pero sí el título que lleva.

JUL. ¿Cuál es?

RAF. El de vizconde del Río.

JUL. (¿Qué dice?) *(con inquietud)*.

RAF. ¿Le conoces?

JUL. No, jamás oí ese título (*con turbacion*).

RAF. ¿Por qué esa turbacion, Julian? Creo que tratas de engañarme, y vano es tu intento, pues en las entrañas del infierno buscaré al vizconde si necio insiste en sus amorosos galanteos.

JUL. Un ramo de flores es un obsequio inofensivo.

RAF. No es el ramo de flores lo que me causa enojo; es que trata de arrebatarme su amor, su amor, que es mi vida, mi felicidad, mi cielo.

JUL. Tú exageras, la pasion te exalta, y si los celos ó la duda te inquietan, un consejo, Rafael: llévate á lugar más seguro tu tesoro, y entre ella y el vizconde pon mucha tierra por en medio; precaucion radical es la que importa, no lance caballeresco; una existencia vale mucho y aquella pérfida mujer vale muy poco (*con marcado desden)*.

RAF. Sin embargo, desistir es otorgar; no puedo llevarme á Fanny sin castigar al del Rio.

JUL. ¡Oh Rafael! si tú supieras! (*con inquietud*).

RAF. ¿Quién es el del Río? bien que ahora mismo voy á saberlo.

JUL. ¿De qué lo infieres? (*muy vivo el diálogo)*.

RAF. De tu buena amistad.

JUL. Por ella no hablaré.

RAF. Hablarás por ella.

JUL. ¿Amenazas?

RAF. Imploro.

JUL. ¿Qué hacer?

RAF. ¿Vacilas?

JUL. ¡Qué situacion! ¿María? bien llegada. (*María entra por la puerta del foro, deja el sombrero en una silla y ocupa luégo una butaca, Rafael revela la mayor inquietud, Julian se separa de él y pasa al lado de María*).

ESCENA V.

Dichos, MARÍA.

MAR. Adios, Julian. ¿Rafael, no has salido?

RAF. No me ha sido posible. ¿Y tú, cómo ya de vuelta?

MAR. Emilia lo ha querido así.

JUL. ¿Estaba desanimado el paseo?

MAR. Al contrario, estaba brillantísimo.

RAF. ¿Pues á qué ha obedecido la órden de Emilia?

MAR. A curioso incidente que no deja de preocuparme.

JUL. ¿Y será indiscrecion preguntar qué ha sido ello?

RAF. (Eso es, procura ganar tiempo, no sales sin que contestes á la pregunta que ántes te hice) (*muy rápido á Julian*).

JUL. (Inútilmente la aguardas) (*á Rafael*).

MAR. ¿Decían ustedes? (*con recelo*).

RAF. Pues, disponiéndonos á oir el lance de la Castellana.

JUL. Rafael anda hoy á caza de lances, con que no demore el sucedido.

MAR. Como la tarde estaba muy hermosa, han bajado á la Castellana extraordinario número de carruajes, haciendo

difícil la circulacion en algunos instantes. Por do quier veíanse trenes fastuosos, jinetes que gallardamente cruzaban por entre las prolongadas filas de ligeros tilburís y ricos landós. Cuando la animacion estaba en su esplendor la familia real ha entrado en el paseo, los carruajes se han puesto al paso, y junto al nuestro ha marchado uno ocupado por bella, pero desconocida dama.

RAF. Prosigue.

MAR. Su traje quedaba oculto por las soberbias pieles que le servían de abrigo; su cuerpo, ligeramente inclinado sobre los cojines de la carretela, tenía algo de oriental languidez; todas las miradas á ella iban dirigidas; todos los jinetes se disputaban el paso para cercar su carretela; ella permanecía indiferente, cual reina acostumbrada al homenaje de sus cortesanos (*brevísima pausa y transicion*). No sé qué poderosa atraccion ha ejercido sobre mí aquella mujer, que irresistible influjo me ha dominado; ¡ello es que no adivino si he sentido miedo ó admiracion, tortura ó dicha! (*con tristeza*).

JUL. (¡Misterioso presentimiento!)

MAR. Emilia ha comprendido mi turbacion. ¿Por qué miras á esa desdichada, me ha dicho? no descubres en ella á una de esas infelices á quienes la moderna sociedad llama mujeres que matan? no podemos dispensarla el honor de marchar á su lado, é inmediatamente ha dado órden de dejar el paseo (*queda visiblemente preocupada*).

RAF. ¡Vaya si es ruborosa nuestra parienta! (*con ironía*). Diciente de su recato, su aficion á las obras de Dumas. Mujeres que matan: el título la delata.

JUL. Emilia se ha portado como cumple á una persona decente.

RAF. Milagro que no hubieses aplaudido tan ridículo alarde.

MAR. ¡Ridículo alarde porque no ha consentido marchar al lado de aquella *beldad*! O eres con la desconocida asaz indulgente, ó te has olvidado ya de quién soy yo.

JUL. Ciertamente es preciso distinguir.

RAF. Repruebo el proceder de Emilia. Es muy aventurado herir la fama de una mujer por el solo hecho de ser hermosa y desconocida; levantar ante ella la calumnia porque los hombres levantan el incienso y la admiracion. De ahí infiero que cuantas damas desconocidas vea Emilia serán para ella mujeres que matan. No es mala idea.

JUL. No, Rafael, estas heroinas tienen sello propio; no se las descubre, se revelan.

MAR. Y Emilia ¿qué interés puede tener en levantar ó destruir la fama de aquella desconocida? Además, quién sea puedes saberlo. El vizconde del Río sostenía con ella animadísima conversacion.

RAF. ¿El vizconde del Río? (*con sorpresa*). ¿Quién es el vizconde? ¿le conoces? al fin voy á saber quién es? (*con gozosa complacencia*).

JUL. ¡Por caridad, María, ni una palabra, ó entrega un amigo á la desesperacion de Rafael! (*aparte y muy vivo á María*).

MAR. (¿Qué oigo?) (*con inquietud, levantándose. Muy animado el diálogo hasta terminar la escena*).

RAF. En vano la arguyes (*á Julian*). María, habla por favor; ¡mi dicha está pendiente de tus labios!

MAR. (¿Qué hacer, Dios mio?)

RAF. Habla por caridad (*suplicante*).

MAR. ¡Qué situacion! (*vacilante*).

RAF. ¡Tú tambien cómplice de mi desdicha! ¡Qué me importa ya que digas ó calles ese nombre si al fin he de dar con él! (*se retira apresuradamente por la izquierda*).

ESCENA VI.

MARÍA, JULIAN.

MAR. ¿Qué significa esa inquietud, esa agitacion de Rafael?

JUL. Logró el colmo de sus deseos, llegó á lo sumo de la fe-

licidad, y al vislumbrar el cielo de su dicha, negra nube le sale al paso, y ya sólo sombras le envuelven, temores le asaltan, dudas le atormentan y zozobras le perturban, que si tiene la mente mucho vuelo para elevarse en alas de dorada ilusion, es la duda tremendo peso que la anonada y la desconcierta.

MAR. ¿Y es el del Rio la nube?

JUL. Ni más ni ménos.

MAR. ¿Y aquella desconocida causa de su duelo?

JUL. Sí, María.

MAR. (¡Pobre esperanza del alma! ¿por qué alientas todavía?) ¿Y Rafael la ama? *(con recelo)*.

JUL. Así parece.

MAR. ¿Y ella á Rafael? *(con temor)*.

JUL. A su manera.

MAR. Pregunta excusada; sé que destruye mi dicha, ¿qué más quiero saber?

JUL. Le ama todavía.

MAR. Sólo se ama una vez.

JUL. Se ama cuantas se quiere *(suplicante)*.

MAR. ¡Pues no quiero querer! *(con amargura)*.

JUL. Si un día un hombre enamorado hasta el delirio le ofreciera un amor inmenso, más grande á medida que más quiso acallarlo; si ese sér se convirtiera en su esclavo, porque junto á usted hallara dicha sin límites, y al renunciar á su esperanza, le envolviera desventura más pavorosa que las sombras del Averno; si este pobre enamorado no tuviera otro bien, otra dicha, otra felicidad que la que la ternura de usted le otorgara, usted, María, tan sensible y tan buena, ¿qué hiciera?

MAR. Evitar la ocasion para que de nuevo me revelara su cariño, decirle que á quien me ofrece corazon tan bello no puedo entregarle un giron del mío destrozado por continuas amarguras; que á quien tal tesoro de amor me brinda, no debo darle los desechos de un ingrato.

JUL. ¡Funesto amor!

MAR. Yo no me quejo.

JUL. Pero muere por él, y la existencia de un ángel pertenece á Dios, no se sacrifica á un hombre.

MAR. ¡Pobre ángel de alas plegadas que, no pudiendo remontar su vuelo, germinó en su alma terreno amor!

JUL. Y el amor se impuso á la razon.

MAR. Si la razon domina no existe el amor, sinó deliberado cálculo.

JUL. Pero no son las pasiones las que deben dominar al hombre, María; es el hombre quien debe dominar las pasiones.

MAR. Yo siento y usted analiza; no podríamos comprendernos, Julian. Voy á saludar á la duquesa *(se retira por la derecha)*.

JUL. En pos de tu desdicha corre mi desventura; ¡qué mucho que no la comprendas! ¡que no la adivines! *(se retira por la izquierda)*.

ESCENA VII.

CRIADO.

(Deja en el velador un servicio para el té, enciende los candelabros de la chimenea).

Todo queda dispuesto, avisaré á sus excelencias *(pasa recado en las respectivas habitaciones. Muy viva esta escena para que la representacion quede interrumpida lo ménos posible)*.

ESCENA VIII.

MARÍA, DUQUESA, JULIAN, RAFAEL *(este último cuando el diálogo lo indique)*.

DUQ. Puedes servir el té, hija mia.

MAR. ¿No nos acompaña Rafael? (*en torno del velador ocupan dos sitios la duquesa y María, Julian al lado de ésta*).

JUL. Aquí viene.

DUQ. Cariacontecido andas, Rafael.

JUL. Contrariedades de la suerte.

RAF. Dí mejor de la amistad *(toma asiento al lado de su madre)*.

MAR. Creo que no me alcanzará á mí tu queja.

DUQ. ¿Pues qué sucede?

RAF. No vale la pena de recordarlo.

JUL. Es preferible.

MAR. Y más razonable.

RAF. Y más cómodo, ¿no es eso? (*con ironía*). Voy descubriendo en vosotros dos circunstancias inapreciables; ¡generosos sois, á fé mia!

DUQ. No comprendo.

MAR. Yo á tí ¿qué te he hecho para que me hables así?

JUL. (¡Amargo comienza el té!)

DUQ. Ignoro, Rafael, lo que motiva la acritud de tus palabras; pero no olvides que á María le debes iguales consideraciones que á mí.

MAR. Una mala inteligencia ha sido causa de su disgusto.

RAF. Y sabes que tú sola puedes aclararla.

DUQ. ¿Pero qué es ello? (*con impaciencia*).

CRI. El señor vizconde del Río *(desde la puerta del foro)*.

JUL. ¿Qué dice?

RAF. ¿Qué oigo?

DUQ. Adelante.

MAR. ¡Él aquí! *(con espanto)*.

RAF. (¿Qué quiere de mí ese hombre? ¿andará buscándome á su vez?) (*separándose del grupo y pasando á la izquierda segundo término*). Idos, dejadme sólo.

JUL. ¡Rafael!

DUQ. ¡Hijo mio!

MAR. ¿Qué va á suceder? ¡Dios santo!

ESCENA IX.

Dichos. CÁRLOS.

(*Muy vivo el diálogo hasta terminar la escena*).

CÁR. Amigo mio, al fin consigo abrazarte.

RAF. ¿Eres tú? *(con el mayor asombro)*.

CÁR. Por tu asombro adivino que me creías difunto.

RAF. No tal (*con creciente sorpresa)*.

CÁR. Duquesa! María. Adios, Julian *(saludándoles)*.

MAR. ¡Cárlos!

RAF. Me anunciaron desconocido título, y á la verdad, no acerté.

CÁR. El mio. Murió en Indias lejano pariente, legándome con su título considerable fortuna; veleidades de la suerte; ayer era un desheredado, hoy todo me sonríe.

RAF. ¿A pesar de la fúnebre procedencia de tu suerte?

JUL. ¡Rafael!

DUQ. ¡Rafael!

MAR. (Me asusta su lenguaje).

CÁR. Procedencia fúnebre: extraño razonamiento.

RAF. Pues no lo olvides, Cárlos, no lo olvides.

JUL. (Por Dios, Rafael, el odio te vende).

RAF. (El es, no cabe duda, conozco su osadía, y la dudo

por ser suya y por el gozo que siento de tener entre mis manos su vida).

CÁR. No esperé tan original recibimiento; iba en busca de un amigo, y doy con un hombre frenético, sentencioso, exaltado; si soy causa de tu agitacion, lo deploro, Rafael. Adios (*disponiéndose á salir*).

DUQ. ¿Mi amistad no tiene derecho á pedirle que se quede?

CÁR. ¡Duquesa!

RAF. ¡Si no quiero que te vayas, si yo contigo no tengo resentimiento alguno!

CÁR. Pues no lo parece.

JUL. Seguramente.

MAR. Quédese, Cárlos.

DUQ. Está preocupado *(á Cárlos)*.

RAF. Cárlos, te debo una explicacion.

CÁR. No se hable más de ello.

RAF. Inevitable la creo.

MAR. (Preciso será evitarlo).

DUQ. (Algo se me oculta) *(con recelo)*.

JUL. No se inquiete, señora (*á la duquesa*).

RAF. Pasemos á mi gabinete *(á Cárlos)*.

CÁR. Como te plazca (*á Rafael)*.

MAR. Rafael, ántes quisiera...

RAF. ¿Qué quisieras? vamos á ver.

JUL. ¡Pobre María!

MAR. Pedirte un favor que sólo tú puedes otorgarme.

RAF. Concedido. ¿Cárlos, vámonos? (*con impaciencia)*.

MAR. Pero si ignoras qué es ello.

CÁR. Complace á tu hermana, luégo nos veremos.

RAF. Antes á tí.

DUQ. (Cuanto más oigo y veo, ménos comprendo).

CÁR. María necesita de tí (*en alta voz*). Entre tanto voy á recoger un collar de perlas que esta noche he de ofrecer á la mujer más hermosa de la córte, conquista incomparable; ya hablaremos; ya hablaremos *(muy quedo á Rafael)*. ¿Duquesa? ¿María? tengo el honor de saludar á us-

tedes (*se retira, Julian le despide á la puerta y Rafael queda en el promedio de la escena mirando como se aleja, revelando el mayor asombro).*

RAF. ¿Cuál de los dos es el demente, él ó yo? ¡El, loca mariposa, por correr en pos de la llama, ó yo, fiera acosada, que suelto la presa apetecida! *(con viva expresion de odio).*

ESCENA X.

DUQUESA, MARÍA, RAFAEL, JULIAN.

DUQ. Rafael, tu comportamiento me da lugar á queja.

RAF. Pues no me la muestres; ¡harto sufro! *(con visible angustia).*

DUQ. Bien lo veo, y por mi mal adivino que algo grave se me oculta; ¿qué es ello? quiero saberlo.

MAR. ¡Duquesa!
RAF. ¡Madre! } *(Contrariados).*
JUL. ¡Señora!

RAF. ¿Qué quieres de mí? Dices que algo quieres pedirme; puedes hablar *(á María).*

MAR. Sí, Rafael, mucho espero de tí *(indicando á Julian y á la duquesa para que se retiren).*

DUQ. Usted me explicará entre tanto *(toma el brazo de Julian y sale con él por la primera puerta de la derecha).*

ESCENA XI.

MARÍA, RAFAEL.

RAF. Solos estamos: puedes hablar sin recelo.

MAR. Conozco la causa de tu duelo; hé aquí lo que me mueve á hablarte.

RAF. ¿Y quieres acrecentarlo recordandómela? (*María hace un gesto negativo*). ¡Conocer es!

MAR. La duda ó los celos han clavado en tu corazon sus aceradas garras, abriendo en él sangrienta herida; llega la sangre á tus labios y por eso sombrías y amenazadoras escapan tus palabras. Serénate, Rafael; antepon al dolor la voluntad, y no dejes te domine el ímpetu de tu pasion.

RAF. Tú ¿qué sabes de las tempestades del alma? Furiosa ruge dentro de mí, y con ménos ánimo para contenerla desbordara á torrentes de lágrimas por mis ojos ó en quejas por mis labios. Pero tengo corazon grande para el amor y para el odio más grande todavía. ¿No es Cárlos causa de mi duelo? pues nada tan justo como que sufra las consecuencias de mi quebranto.

MAR. ¿Cuál es el culpable, piénsalo bien, Rafael, el que requirió en amores ó la que inconstante les prestó oidos?

RAF. Débil es la mujer. Como en diáfano cristal proyectan en ella cuantas impresiones la conmueven; en mi amada sólo yo quiero mirarme, y no he de consentir que otros ojos se posen donde yo fijo los mios.

MAR. ¿Qué idea acaricias entónces? ¿provocar á Cárlos, al mejor de nuestros amigos?

RAF. Tú no sabes lo que es una pasion, tú no has amado; de ahí que no comprendas á lo que obliga el amor cuando desespera.

MAR. ¿Que yo no he amado? (*con asombro*). ¿Eso dices tú? ¡Oh Rafael, ó tienes muy poca memoria, ó muy poca caridad! (*con dulce reconvencion*).

RAF. Ignoraba en tí ese sentimiento.

MAR. Capaz eres de no comprenderlo como yo lo estimo. El amor que amenaza y se venga no es amor, es pasion exaltada, mezcla de fascinacion y delirio; el amor verdadero, ni se queja ni desmaya; cuanto más sufre más crece.

RAF. ¿Has amado tú, María? (*con cariñosa solicitud*).

MAR. Sí, Rafael; era en la aurora de mi vida, cuando abrí al amor mi corazon, y delirante lo absorbió por todas sus

fibras; ¡pero ay! que al amor más puro sucedió presto el desamor más acerbo, y á la esperanza, cruel desengaño. En el colmo de mi ventura, creía la vida destello del paraiso; en medio de mi infortunio, paréceme la muerte un poema!

RAF. Ideal y sublime amor; pero á su impulso cedes á la vida.

MAR. ¡Qué dulce morir por el bien amado! Si Dios no hubiese amado á los hombres no hubiera muerto en una cruz; pero abrasado en amor divino trocó el más infame suplicio por el más glorioso trofeo (*con amoroso éxtasis*).

RAF. ¡Qué mucho que no logremos comprendernos! tú amas como los ángeles del cielo, y yo como mísero mortal sujeto á todas las flaquezas y caidas; tú idealizas hasta la sublimidad morir por el sér amado, y yo la idea de que el cariño de la mujer querida puede serme arrebatado, arma mi brazo contra el mejor amigo de mi alma.

MAR. Rafael, por caridad; desecha tan horrible, tan espantosa idea (*con espanto*). Mira que es muy limitado el espacio de una conciencia para poder abarcar el enorme remordimiento que indudablemente trae consigo la muerte de un hombre.

RAF. ¿Qué hacer, hermana de mi alma? (*con emocion*); ¿por qué renace en mí la calma si todavía no he vengado la ofensa?

MAR. Porque tus generosos impulsos acallan los rencores mezquinos.

RAF. ¿Qué quieres proponerme?

MAR. Evita con Cárlos toda ocasion; esto es lo justo, esto lo razonable.

RAF. Heróico es el consejo y la pena sobradamente cobarde.

MAR. Un esfuerzo y te vences á tí mismo.

RAF. No temas, haré por complacerte.

CRI. El señor vizconde del Río (*por la puerta del foro*).

MAR. ¿De nuevo ese hombre?

RAF. Siempre la misma nube en el cielo de mi dicha.

MAR. ¿Qué resuelves?

RAF. Nada temas, al odio ha sucedido la calma.

MAR. Pero acosado de nuevo renacerá con mayo brío.

RAF. No aumentes mi pesar.

ESCENA XII.

RAFAEL, CÁRLOS.

CÁR. ¿Estorbo?

RAF. Bien llegado.

CÁR. Aquí me tienes con mi alhaja; es delicada, primorosa *(mostrando un estuche que Rafael abre y mira con disgusto)*.

RAF. Con efecto, bonito es; ¿y no sabes lo que más me llama la atencion de ese collar?

CÁR. La perla del centro.

RAF. No, el extraordinario parecido con otro que á mi vez pienso ofrecer á una dama, por supuesto.

CÁR. Es particular.

RAF Singular es (*devolviéndole el estuche)*.

CÁR. ¿Y quién es ella?

RAF. Igual pregunta quise dirigirte: ¿quién es ella?

CÁR. Distinguida dama francesa, la baronesa San Gervais, á la que me atrae irresistible simpatía.

RAF. Y yo á Fanny Wolski, á la que me unen antiguos amores.

CÁR. ¿Qué oigo? ¡Eres tú! *(con asombro)*.

RAF. ¿La conoces, Cárlos?

CÁR. Te chanceas, Rafael.

RAF. Parece nos vamos comprendiendo.

CÁR. Así parece *(breve pausa)*. ¿Con que eres tú quien la ha traido de Paris, tú quien la acompañaste el verano último á Bagneres, donde por vez primera la ví?

RAF. ¿Y tú quien aprovechando en Bagneres mi ausencia, y en Madrid á lo que me debo, te has atrevido á obsequiarla y pretenderla?

CÁR. Yo soy: ¿á qué negar?

RAF. Y el que la ofrecido una invitacion para el baile de mañana.

CÁR. Que tú le negaste ántes.

RAF. Sólo porque sospeché que tú irías.

CÁR. Pues acertaste, porque iré y Fanny conmigo si tú no la acompañas.

RAF. Fanny no irá, y advierte que haces mal en poner á prueba mi paciencia.

CÁR. Mucho fías en tí y harto olvidas quién es ella. Si yo hubiese puesto los ojos en mujer digna de unir á la tuya su suerte, para siempre renunciara á ella, porque así me lo mandaría mi deber y nuestra amistad; pero quién es Fanny ó la baronesa, por igual lo sabemos los dos, los mismos derechos nos asisten para pretender sus preferencias; sabe, pues, que no renuncio á los mios.

RAF. Y yo ménos; por mi parte no he de consentir que Fanny asista al baile; pero si desoye mi ruego y bajo el mismo techo nos encontramos los tres, en guardia, Cárlos, pues no he de perdonar medio para vengar mi amor amenazado.

CÁR. En guardia, pues, Rafael; la baronesa irá al baile, yo la presentaré, mañana nuestros corazones quedarán ligados por ese cintillo de perlas (*mostrando de nuevo el estuche*).

RAF. Y como el nudo será tan frágil, por adelantado lo rompo (*arrebatándole el collar y rompiéndole con ímpetu*). Mi banquero te abonará su importe.

CÁR. ¿Qué has hecho? (*con ira*).

RAF. ¡Pues no lo ves!

CÁR. Villana accion.

RAF. Desleal á la amistad, porfiado en tus torpes propósitos, ¿quién más villano que tú?

ESCENA XIII.

Dichos, María (*entrando apresuradamente*).

Mar. ¡Rafael! ¡Cárlos! por favor, mi madre, llena de angustia, corre hácia aquí *(suplicante)*.

Cár. María (*saludándola*). Ante una dama no caben odios. Ante Fanny somos iguales *(con acento reconcentrado de ira)*. Con que hasta mañana en el baile de la embajada (*se retira*).

Raf. La suerte está echada; veremos de quién es la suerte (*mirando con odio á Cárlos, que se aleja*).

Mar. Al baile de la embajada; no dejaré de ir aunque siniestro augurio nos amenace á los tres.

(*Queda en el promedio de la escena como abrumada por crueles angustias*).

Fin del acto primero.

ACTO SEGUNDO.

Salon suntuosamente adornado. Grandes espejos paralelos. Al foro tres puertas arqueadas que comunican á otro salon profusamente iluminado y visible al espectador. Iluminacion espléndida y gran lujo en ambos salones. Todos los personajes vestirán rigurosa etiqueta.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL, FERNANDO.

FER. Magnífica fiesta.

RAF. Deslumbradora.

FER. Por doquier torrentes de luz, arrobadores destellos de valiosas joyas, el suave rumor del raso y del brocado formando caprichoso concierto con los acordes de la orquesta. La embajada francesa cobra esta noche fama de primera potencia en buen gusto y esplendidez.

RAF. ¡Qué bella exposicion de talles cenceños! *(mirando desde el salon del foro otro contiguo).*

FER. ¡Qué beldad entra ahora!

RAF. La condesa de Alvar.

FER. Sobradamente pálida para vestir de blanco.

RAF. ¿Quién es la dama del traje verde?

FER. No la reconozco. ¡Válgame Dios, qué diadema tan descomunal ostenta! ¿y la banda de damas nobles? será alguna novel ilustre.

RAF. Bien lo demuestra.

FER. Las de Vargas, siempre vestidas de lila.

RAF. Aficiones inocentes.

FER. Ahí viene tu prima: ¡quién fuera duque para pretenderla y labrar su dicha!

ESCENA II.

Dichos, MARÍA, JULIAN.

FER. María, ¿querrá usted dispensarme el honor de ser mi pareja en alguno de los bailes?

MAR. Siento no poder complacer á usted; pero no bailo, Fernando. He cedido el cotillon á Julian, y ya ve Vd. que es mucho baile para mí.

FER. ¡Julian! Todos los pícaros tienen suerte.
(*Rafael y Julian pasean por el salon, María y Fernando forman un grupo á la izquierda).*

RAF. Conseguí lo que me había propuesto (*á Julian*).

JUL. Parece increible (*á Rafael*).

FER. Está usted encantadora (*á María*).

MAR. Y usted siempre amable (*á Fernando*).

RAF. Así he castigado su desvío. Ella fácil en la condescendencia, yo inflexible en mis propósitos. No temas, no asistirá á esta fiesta. Cárlos verá como sus alardes se pierden en el vacío de sus necias pretensiones (*á Julian*).

JUL. Lo dudo á pesar mio (*á Rafael*).

FER. Hay juguetes preciosos para el cotillon (*a María*).

MAR. ¿Quién lo dirige? (*á Fernando*).

FER. Lo ignoro (*á María*).

JUL. ¿Dices que te ofreció no venir? (*á Rafael. Ambos se detienen y observan con atencion hácia la derecha del foro*).

RAF. Eso dije, y eso me ofreció (*con inquietud*).

JUL. En ese caso la dama que entra del brazo de Cárlos ¿quién es?

RAF. ¿Ella aquí? (*con acento de ira*).

JUL. Prueba de sensatez y de cordura darías retirándote.

RAF. De caballero la doy quedándome.

JUL. María, ¿quiere usted pasar á otro salon?

MAR. Comprendo la inquietud de usted, Julian; pero ¡qué hacer! ¿Tan cerca de mí y no conocerla? ¿Por qué me abandonan las fuerzas, por qué me siento ante el deseo tan animosa y tan débil ante la prueba?

RAF. (Tente, pensamiento, tente) (*con mucho desaliento llevando una mano en la frente cual si quisiera arrancar de ella penosa ilusion*).

JUL. Rafael, ella aquí (*Fanny aparece por el salon del foro, entrando por la gran puerta del centro, del brazo de Cárlos; Rafael les sale al paso con actitud amenazadora, pero al llegar ante Fanny queda como desarmado por su hermosura. María y Julian permanecen á la derecha formando grupo. Fernando en el promedio mira alternativamente los dos grupos.*)

FER. ¡Hermosa mujer! (*mirando á Fanny*).

ESCENA III.

Dichos, FANNY, CÁRLOS.

RAF. Señora (*á Fanny con acento de angustia que reprime*).

FAN. Señor duque, tengo el honor de saludar á Vd. (*con indiferencia*).

FER. ¡Divina! (*contemplando á Fanny con ridícula atencion*).

CÁR. Rafael, que me place verte.

RAF. Y á mí que no me hayas olvidado.

MAR. (¿Por qué tengo miedo?)

JUL. (¡Pobre Rafael!)

FAN. ¿Se conocían ustedes? (*dirigiéndose á Cárlos y á Rafael*).

CÁR. Sí, baronesa, desde nuestra primera edad.

RAF. Amistad ejemplar la nuestra; de niños tuvimos los mismos gustos, de hombres idénticas aficiones ¿No es cierto, Cárlos? (*con intencion*).

CÁR. Cierto es.

FER. Julian, ¿conoces á esa dama?

JUL. ¿Por qué?

FER. Quisiera me presentases á ella.

JUL. No acostumbro... (*con indiferencia*).

MAR. (Muy bella, pero muy temible) (*mirando á Fanny*).

FAN. Amistad duradera (*á Cárlos y á Rafael*).

RAF. Inquebrantable (*con ironía*).

MAR. Aumenta mi temor (*á Julian*).

JUL. Y su desvío (*á María*).

FER. ¿Qué remedio? buscaré un amigo que me presente.

RAF. ¿Me dispensará usted el obsequio de recorrer conmigo los salones? (*á Fanny*).

FAN. ¿Cómo negar á usted lo que considero un obsequio?

RAF. (¡Oh Fanny mia!) (*muy quedo y con expresion de gozo*).

CÁR. ¡Baronesa!

FAN. No olvido que le debo á usted el cotillon.

RAF. Cuando usted guste, señora (*ofreciéndole el brazo, que Fanny acepta*).

MAR. (¡Amor de mi corazon! ¡Qué horrible ultraje recibes!) (*con desaliento*).

JUL. (Deslumbradora máscara de un corazon carcomido) (*mirando á Fanny con acento de odio*).

FER. Es indispensable, voy en busca de un buen amigo. ¡Divina, hermosa mujer! (*se retira por el salon del foro*).

CÁR. Rafael me cumple su amenaza, no renuncio á la mia.

FAN. Duque, la fiesta me parece espléndida (*saliendo del brazo de Rafael, festiva y sonriente*).

ESCENA IV.

MARÍA, JULIAN, CÁRLOS.

MAR. ¿Por qué en medio de tanta luz sólo sombras se levantan?

CAR. Julian, ¿juegas al wisk?

JUL. No; pero si deseas jugarlo, posible será que en el salon dispuesto al efecto encuentres algun amigo que te acompañe.

CÁR. Y Rafael ¿lo juega?

JUL. No sé.

CÁR. Probable será que me vea obligado á proponerle una partida.

MAR. (Yo tiemblo).

JUL. De damas sería más propia (*con intencion*).

CÁR. El juego es indiferente, la partida es lo que importa.

MAR. Julian, dispénseme el obsequio de ver á Rafael, deseo retirarme. Cárlos, si ve usted á mi primo tenga la bondad de hacérselo así presente.

CÁR. No dejaré de complacer á usted (*se retira*).

MAR. Preciso es evitar que se vean. Julian, por favor, vaya en busca de Rafael (*suplicante*).

JUL. Es tarde, María; un hombre no debe aconsejar á otro hombre que huya del peligro.

MAR. Sin embargo, quiero retirarme; luégo cumpla Rafael como su conciencia le indique (*con amargura*).

JUL. ¡Destino impío! (*se retira por el foro*).

ESCENA V.

MARÍA.

(*Llevando una mano sobre el corazon*).

¡Ya puedes latir! ¡Ya puedes saltar de mi pecho y llevar contigo la imágen del bien amado, el templo de mis ilusiones! ¡harto has sufrido, harto has callado, pobre corazon! sudario de amor te envuelve, ¿por qué alientas todavía? (*con tristeza*). ¡Oh, es preciso, debo dejar esta fiesta! si la desdicha me abruma, ¿por qué correr en pos de ella?

ESCENA VI.

MARÍA, JULIAN.

MAR. ¿Rafael? (*con inquietud*).

JUL. No he podido hablarle.

MAR. ¿Se han visto ya con Cárlos?

JUL. No, ni es probable que así suceda.

MAR. Quiéralo Dios. Resuelta estoy á retirarme, Julian; tristes presentimientos me atormentan.

JUL. Aléjelos de sí.

MAR. ¿Cómo conseguirlo?

JUL. Haciendo para ello un esfuerzo. ¿Acaso no es Rafael el mejor amigo de mi alma? Nada tema, pues; mi amistad le escuda; donde quiera que la impremeditacion le empuje, yo estaré á su lado; deseche todo temor, aleje de sí toda inquietud.

MAR. ¡Siempre generoso!

Jul. ¡Ah, María! si la vida de Rafael es la de usted, ¿cómo puede peligrar miéntras yo viva? *(con mucha pasion)*.

Mar. ¡Julian, por favor! *(con emocion)*.

Jul. Perdon, María; es el eco de mi alma que escapa por mis labios *(con emocion)*.

Mar. (¿Por qué la mia no la comprende?

Jul. ¡Por mi tormento!

Mar. ¡O por el mio! (*brevísima pausa*).

Jul. ¿Se mitigó su inquietud?

Mar. En lo que cabe. Quisiera retirarme donde ménos animacion se note; ¡me hace mal tanta alegría, tanta felicidad! (*Salen por la puerta de la izquierda en el momento de entrar Fanny y Rafael por la puerta del centro; María se detiene y la mira con angustia; Fanny, risueña y placentera, no se fija en ella. Al llegar ésta en el promedio con Rafael, desaparecen María y Julian*).

ESCENA VII.

Fanny, Rafael.

Raf. Deja esa indiferencia, Fanny mia; y sepa al fin la causa de tu desvío; ¿qué te lo sugiere? ¿en qué te he faltado? ¿cuándo he dejado de complacerte?

Fan. Pues si no me quejo.

Raf. Olvidas que esta tarde me has hecho formal promesa de no asistir á esta fiesta.

Fan. Esta tarde; pero entre la tarde y la noche transcurren muchas horas, cambié en ellas de parecer y por eso vine al baile; me molestan tus exigencias.

Raf. Y Cárlos te ha presentado.

Fan. Es muy amable tu amigo.

Raf. Bien hiciste en no desairarle; un pretendiente amable vale mucho (*con ironía*).

FAN. Algo más que un celoso.

RAF. ¿Celoso? Si no te amara ¿lo estaría? Por favor, alma de mi alma, deja ese tono de indiferencia que me causa cruel tortura. ¿Qué viste en mí que haya traido el frío de la muerte en el volcan de tu corazon? ¿por qué de tus amorosos labios no brotan las dulces palabras con que amante solías conmover mi alma, regalar mis oidos? ¡Oh Fanny! perdona el recuerdo; pero á tu amor he sacrificado la existencia de un ángel, porque si tu cariño llegara á faltarme, sobrárame la vida! (*con creciente pasion*). ¡Si tus ojos dejaran de mirarme, á falta de su luz arrobadora cegaran los mios para siempre! Yo enmudecería si mis labios no pudiesen contestar á las dulces protestas de los tuyos. Habla, dí; ¿qué deseas; qué te falta? Libre eres de pedir cuanto tu fantasía puede ambicionar. ¿Es acaso el collar causa de tu disgusto? No temas, sin igual lo tendrás, aunque para ello sea preciso arrancar de la más oculta concha la más recatada perla (*con pasion*).

FAN. Eres poeta (*indiferente*).

RAF. ¿Por qué, Fanny? (*con asombro*).

FAN. Es tan ideal lo que acabas de decirme... (*sonriendo*).

RAF. Te habló mi corazon; ¿qué mucho que no le comprendas, si no le tienes? (*con acento de odio*).

FAN. Tu ingenio es muy peregrino, á lo que muestras. De lo romántico pasas á lo terrorífico con pasmosa facilidad. ¡Cuántos poetas, á conocerlo, envidiarían la fecundidad de tu vena! (*con intencion*).

RAF. Conseguirás volverme loco.

FAN. ¿Por qué? ¿porque he asistido á esta fiesta? Justo deseo el mio; quiero ver cómo obsequia á vuestra grandeza el representante de nuestra república.

RAF. Vano pretexto. El amor de otro hombre te llama á estos salones. Conven en ello; ¿á qué negar lo que claramente se revela?

FAN. Y áun cuando fuese cierto lo que crees, ¿qué habría en ello de particular? (*con gravedad*).

RAF. ¿Con que no me engañé?

FAN. Rafael, celos puede inspirarlos una esposa, una prometida; entre ambos es cómico, ridículo semejante sentimiento; ni tú tienes autoridad sobre mí para demostrármelos, ni es mi carácter el más á propósito para soportarlos. ¿Qué lazo nos une? Ninguno. Si los inquebrantables se profanan algunas veces, ya que no es posible disolverlos, por nuestra parte, ¿á qué quejas y amenazas, á qué temer y sufrir, si ni ante Dios, ni ante los hombres, ni ante la sociedad nos debemos nada, si libres somos de obrar segun nos lleve nuestro impulso?

RAF. Terrible, cruel, desnuda, pero innegable verdad. Y ya tu corazon te impulsa á nuevo amor.

FAN. Eres incorregible.

RAF. No juegues con mi angustia.

FAN. No te la causo yo ciertamente.

RAF. Es verdad, soy un visionario, un soñador, un celoso importuno, hé aquí el solo concepto que te merezco.

FAN. El único que me das lugar á formar.

ESCENA VIII.

Dichos, CÁRLOS.

CÁR. Baronesa, están preludiando nuestro baile.

FAN. ¿Es éste el que le acepté?

CÁR. Este y el cotillon; ¿cómo olvidar obsequio tan señalado?

RAF. ¡Vaya si tienes buena memoria!

CÁR. ¿Quién no se ufana de merecer las atenciones de la baronesa?

FAN. Me han hablado mucho de la galantería de los españoles; pero hasta conocer la del vizconde, no la he apreciado debidamente.

RAF. (¡Qué cinismo!)

CÁR. No es galantería, es justificacion.

RAF. ¡Cárlos!

CÁR. ¿Qué me quieres?

RAF. Pues lo ignoras, harto te ufanas de haber obtenido el favor de un baile, y por tu mal olvidas que hay quien puede pedirte cuenta de haberlo bailado (*con acento amenazador*).

CÁR. Mira lo que hablas, Rafael.

FAN. Señor duque, poca simpatía nos une. La galantería de Cárlos, que yo he admitido como una de tantas atenciones con que la sociedad nos obsequia, le ha mortificado á usted cual pinchazo de aguda espina. Deploro haber sido causa de tan desagradable incidente. (*Sale del brazo de Cárlos por la puerta del centro, Rafael les sigue y se detiene en el salon del foro, desde donde pronunciará las primeras frases de la siguiente escena*).

ESCENA IX.

RAFAEL.

Ella da su brazo, y le sonríe, y le habla con visible predileccion (*con amargura, y llegando al promedio de la escena*). Sangrienta ofensa que no dejaré impune (*con acento de odio*). Rápido ha sido el tiempo para quererte; el que he de consagrar para odiarte transcurrirá muy lento si abarca por entero el odio que hácia tí siento despertar en mi pecho (*brevísima pausa*). Mi amor te elevó á tanta altura que al rayar á lo sublime se ha desvanecido tu débil cabeza, y como profano ídolo que ara santa rechaza de nuevo, te has hundido en el fango de donde te alcé. Ya no soy un hombre enamorado; al amor ha sucedido el odio más profundo, el fuego de mi pasion está

hecho pavesas; apagada la engañosa nube de mi dicha, sólo sombras me rodean (*con desaliento*). Tú lo has dicho. Libre es nuestro albedrío, nada nos debemos; nada absolutamente; te lo voy á demostrar (*sale resueltamente como movido por una resolucion extraordinaria*).

ESCENA X.

María, Julian.

Mar. ¡Qué noche, cielos santos! parece que mueve estos salones magia prodigiosa que disminuye ó multiplica los objetos para conmover y alterar nuestro ánimo. Huyo de la baronesa, y por doquier mis ojos la descubren, los espejos me la muestran, mi anhelo la adivina. Ando buscando á Rafael, y al dar con él desaparece de mi vista cual si vértigo delirante lo atrajera. El temor y la zozobra de mi espíritu aumentan cuanto más he menester la entereza.

Jul. Preciso es no desmayar.

Mar. Supremo esfuerzo será en mí no carecer de la serenidad conveniente si de nuevo esa mujer me sale al paso.

Jul. Preciso será evitar que así suceda.

Mar. No deseo volver al salon.

Jul. Prudente idea. Además, pronto acabará esta fiesta.

Mar. ¿Por qué he asistido á ella? (*con amargura*). Prueba tan amarga jamás la había experimentado mi alma presentida. Tengo miedo, Julian; ¿qué me lo causa? lo ignoro; que me anonada y domina lo siento. Antorchas funerales me parecen estas luces; quejas la expansion de gozo y alegría que se percibe por todas partes; siniestra la fosforescente luz de las joyas, amenazadoras cuantas palabras llegan á mis oidos.

Jul. ¿Por qué se complace en multiplicar la desdicha?

MAR. Nimiedad sería el presentimiento si no fuese augurio de inevitable realidad.

JUL. Por favor, María, eso es ya apetecer la desdicha.

MAR. No la apetezco, me acecha (*con mucho desaliento*). (*Fanny y Cárlos entran en el momento en que María y Julian se disponian á salir. María, dominada por la emocion, se deja caer en una butaca, aparentando no fijarse en los personajes que acaban de entrar*).

ESCENA XI.

MARÍA, FANNY, JULIAN, CÁRLOS.

CÁR. María, no he podido complacer á usted. No he visto á Rafael (*á María*).

MAR. (¡Gracias, Dios mio!)

FAN. (Ese será el ángel cuya existencia sacrifica á mi amor) (*mirando á María atentamente*).

CÁR (¿Se siente usted mejor, María?)

MAR. Estoy bien, Cárlos.

FAN. Pues no lo parece; está usted muy pálida y conmovida. ¿Se siente usted mal, señorita? (*con interés*).

MAR. (¡Hablarme ella á mí!) (*levantándose con resolucion*).

FAN. (Ella es, no cabe duda).

JUL. ¿Quiere usted retirarse, María?

CÁR. Baronesa, siempre á sus órdenes (*á Fanny*).

MAR. No, Julian.

FAN. No, Cárlos, deseo descansar en este salon (*María, al querer separarse de Fanny, cruza la escena, deteniéndose ante uno de los espejos, donde involuntariamente llegará Fanny, cambiándose ambas una mirada intencionada, separándose luégo. Muy rápido el movimiento de esta escena*).

JUL. María, ¿por qué delante de un espejo si indiscreto copia la emocion que la embarga? *(muy quedo á María)*.

MAR. ¡Ah, Julian!

FAN. (¿Qué hay en ella que involuntariamente me atrae y cautiva?) *(con recelo)*.

CÁR. ¿Qué ocurre? *(á Julian)*.

JUL. Creo que delante de este espejo se han visto el fondo del alma *(con acento de amargura á Cárlos. María y Fanny habrán pasado en el promedio de la escena)*.

FAN. (Si sientes lo que yo siento, mucho debes haber sufrido) *(mirando á María)*.

MAR. ¡Noche funesta! *(sin observar á Fanny)*.

JUL. María, por favor, esta situacion no puede prolongarse; es impiedad cruel consentir que usted permanezca aquí *(suplicante á María)*.

MAR. Preciso es no olvidar quién es ella, quién soy yo, dónde estamos *(con resolucion á Julian)*. Sí, Julian, sí, quiero retirarme *(al tomar el brazo de Julian, vacila cual si fuese á desmayarse. Cárlos y Fanny corren hácia ella, sosteniéndola esta última. Todo rapidísimo)*.

FAN. Señorita.)
CÁR. María. }

MAR. Mi corazon puede desgarrarlo; llegar hasta mí jamás *(recobrándose y dirigiendo á Fanny una mirada de odio. Esta queda visiblemente impresionada mirando como María y Julian desaparecen por la gran puerta del centro)*.

ESCENA XII.

FANNY, CÁRLOS.

FAN. Mucho me aborreces, mucho te aborrezco á tí; yo he destruido tus ilusiones, ¿y no me lo perdonas? Tú has

osado á mi altivez, y esto te lo perdono ménos (*permaneciendo en igual actitud que al final de la escena anterior*).

CÁR. Baronesa, no te preocupe el alarde de esa polla sentimental.

FAN. ¿Preocuparme yo? sólo me causa lástima (*con marcado desden*).

CÁR. Lo único que debes sentir por ella. Amaba á Rafael con delirio, y cree que tú le arrabataste su cariño.

FAN. No se lo quité, el duque me lo ofreció.

CÁR. Ciertamente, y libre de nuevo, de nuevo podrá consagrarse á ella.

FAN. (Eso no) (*con resolucion*).

CÁR. ¿Qué dices?

FAN. Que cuándo partimos para Paris.

CÁR. Cuando te plazca.

FAN. Mañana sin dilacion.

CÁR. Mañana, ten por seguro.

FAN. (Y él, á su vez, saldrá en mi busca. La venganza que se acaricia primero, esa es la que responde mejor á la ofensa que nos la sugiere (*con agitacion*).

CÁR. Estás agitada, Fanny.

FAN. Estoy tranquila; será preocupacion de tu cariño. (Dices que he destrozado tu corazon; en mal hora y para desdicha tuya has lastimado el mio).

CÁR. Fanny, tu agitacion crece por instantes.

FAN. Me maravilla tu idea.

CÁR. En ese caso, si es ilusion mia tú puedes desvanecerla; pasemos á otro salon; entre las mujeres se multiplican tus encantos. Aquí solo contigo, ó me anonada tu hermosura, ó el temor de perderla dispierta horribles dudas en mi corazon.

FAN. Extraño temor.

CÁR. El temor de perder mi felicidad me lo causa.

FAN. Vámonos, pues (*al disponerse á salir, Rafael, que aparece en el salon del foro, les sale al paso*).

ESCENA XIII.

Dichos, RAFAEL.

RAF. Dicen por ahí que andas despidiéndote para Paris *(á Cárlos, con reposado acento y aparente tranquilidad)*.

CÁR. Dicen bien. Con que si algo dejas mandado, mañana salgo.

RAF. ¡Mañana! ¿irás solo? (*con intencion*).

CÁR. Pregunta indiscreta, que puedo castigar.

FAN. (Su frialdad hiela mi sangre).

RAF. ¿No apeteces mi compañía?

CÁR. ¡Rafael!

FAN. (¿Qué intentará?)

RAF. No insisto, y como quiera que tu ausencia puede prolongarse, y que sea ésta la última vez que nos hablamos, la postrera que nos vemos, en nombre de nuestra antigua amistad quisiera pedirte un favor.

CÁR. Habla.

RAF. Si un dia, tiernamente enamorado de una mujer, en la cual cifraras toda tu ventura, otro hombre, un amigo tuyo, la arrebatase á tu cariño, ¿qué hicieras?

CÁR. Déjame en paz.

RAF. ¡Paz! hé aquí lo que falta á mi espíritu, lo que entre los dos vamos á ver cómo se consigue recobrar (*con acento amenazador*).

CÁR. ¿Qué te propones?

RAF. Oir de tus labios el calificativo que merece la constante enamorada, y ese modelo de amigos.

FAN. (¿Dónde irá á parar?)

CÁR. Mi contestacion la obtendrás en cuanto haya dejado á esta dama.

RAF. Al contrario, la baronesa puede sernos útil. Ella, tan

amable y condescendiente, quizá logre dar con la solucion que apetezco.

FAN. Duque.

CÁR. Rafael.

RAF. Calma, hombre, calma. Ya tú ves, yo soy aquí el ofendido y no me apuro, no me desentono.

CÁR. Acabemos (*con resolucion*).

RAF. Acabemos (*con ira*). ¿Pero no contestas á mi pregunta? En ese caso será preciso que oigas de mis labios lo que ya no puedo contener dentro del pecho; el calificativo que merece el amigo desleal es el de cobarde, el que merece la inconstante enamorada el de.....

CÁR. Calla, calla, ó vive Dios que he de arrancarte la lengua (*interrumpiendo á Rafael y con viva agitacion*).

FAN. Duque, tal proceder.

RAF. Tú lo has querido.

(*María, Julian y Fernando aparecen en el salon del foro. El movimiento de la escena debe ser muy animado y vivo el diálogo hasta terminar el acto.*)

ESCENA XIV.

Dichos, MARÍA, JULIAN, FERNANDO.

(*Los tres últimos permanecen en el salon del foro.*)

CÁR. Salgamos, baronesa (*ofreciéndola el brazo*). Estoy á tus órdenes; luégo nos veremos (*á Rafael*).

RAF. Si no puedes salir llevando del brazo á esta dama.

CÁR. Basta, basta de insultos; cobardía es inferir dos ofensas, si sólo se tiene una vida para pagarlas (*con acento amenazador*).

FER. Señores, el cotillon va á empezar, y las parejas reclaman á su director (*desde el foro y dando muestras de impaciencia*). Pero ¿no vienes, Cárlos? qué significa esa

indiferencia? eres indigno de dirigir un cotillon? (*vacilando por no resolverse á entrar en escena, ó dirigirse al salon de la fiesta*).

La situacion de los actores es como sigue: *En el salon del foro María del brazo de Julian, mirando con inquietud á los personajes que están en escena. Fernando manifestando su impaciencia por la actitud de Cárlos. Rafael, Cárlos y Fanny del brazo de éste forman animado grupo á la derecha primer término del escenario; los tres revelarán la mayor agitacion.*

CÁR. Señora, en el salon reclaman nuestra presencia (*á Fanny*).

RAF. Baronesa, en nombre del dueño de esta casa invito á usted á que deje sus salones (*á Fanny, con voz reconcentrada por el odio, pero sin que los del salon del foro acierten á comprender sus palabras*).

FAN. ¡Qué infamia!

CÁR. ¡Miserable! (*arrojándose sobre Rafael con actitud amenazadora. Julian y María entran apresuradamente. Fernando se interpone entre Rafael y Cárlos*).

FER. ¿Qué es esto?

MAR. ¡Hermano de mi alma!

JUL. Rafael, repórtate; luégo veremos lo que hay que hacer (*abrazándole*).

RAF. Imposible, no puedo contenerme ya.

FER. Cárlos, piensa á lo que te debes; el cotillon está suspendido, y van á enterarse todos de lo que aquí ocurre.

CÁR. No me hables de baile ahora. Oye; dirígelo tú. En acabando la fiesta pásate por mi casa. Entretanto ni una palabra. No alimentes la calumnia (*con amargura á Fernando*).

FER. Nada temas, todo lo comprendo (*se retira*).

ESCENA XV.

María, Fanny, Rafael, Julian, Cárlos.

Fan. Vengarse de una dama. ¡Qué bizarra accion!

Raf. ¡Si que es más generosa la de destruir la felicidad de un hombre! (*con amargura*).

Mar. ¡Noche funesta!

Fan. Delante de ella (*observando á María*). Impudencia, no me abandones (*con resolucion*).

Cár. Vas á pagarme con tu vida tu abominable proceder.

Raf. La nueva aurora no verá nuestra ofensa.

Mar. ¡Yo me siento morir!

Fan. (Antes que llegue el alba saldré de Madrid.) No escudo pasiones tan ridículas.

Jul. El abismo los llama y ciegos se precipitan en él.

Cár. A muerte el duelo.

Jul. Donosa hazaña.

Raf. A muerte, pues me sobra tu vida (*con acento amenazador*). Has dado en mi corazon; el tuyo será mi blanco (*con expresion de ira. Cárlos hace un gesto amenazador. María, del brazo de Julian, se retira con paso vacilante, volviendo la cabeza con visible angustia. Fanny se apoya del de Cárlos, disponiéndose á retirarse. Cuadro rapidísimo y á la discrecion de los actores, que procurarán no adolezcan de movimiento las dos escenas finales del acto.*)

Fin del segundo acto.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que el primero. La chimenea encendida cuyo rojo resplandor da á la escena un tono fantástico. Sobre el velador una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN.

(Entrando por la puerta del fondo.)

En vano he pretendido disuadirles de su funesto error (*ocupa una butaca junto á la chimenea*). Dentro una hora dos hombres, apelando á las leyes del honor, abrirán su pecho á mortífero plomo, que es el destinado á resolver la malhadada contienda (*con amarga ironía*). Así lo exige su amor propio; así lo reclama su orgullo lastimado; así resuelve la sociedad sus debilidades y sus caidas. Ambos se creen heridos en su honor por haber quitado el uno del otro á una mujer que no lo tiene, que no lo comprende, que no lo conoce. ¡Sangriento sarcasmo! Tremenda leccion todos los días enseñada y jamás aprendida! (*brevísima pausa*). En este instante dos séres llenos de vida, hirviendo en su pecho el odio, acosando su corazon la reciente ofensa, esperan anhelantes la hora de vengar su agravio, convirtiéndose el uno en matador del otro; de apagar su sed de venganza en la

sangre que brote de mortal herida. ¡Antes que asome el nuevo día, una existencia apagada, y un remordimiento en una conciencia! (*con pesar*). Hé aquí el desenlace de las atildadas leyes (*levantándose*). ¡Honor, jamás andas tan andrajoso como cuando los hombres someten sus quebrantos á tu fallo, el ofendido y el ofensor por igual se amparan á tu sombra! ¡y si á lo ménos protegieras á la razon! ¡pero ay! siempre es la fuerza la que se te impone!

ESCENA II.

RAFAEL, JULIAN.

RAF. ¿Estabas ahí? (*con aire sombrío*).

JUL. Acabo de llegar.

RAF. ¿Quedasteis convenidos?

JUL. Conforme deseabas.

RAF. ¿A qué hora?

JUL. A las cinco.

RAF. Falta una todavía.

JUL. No me parece mucho.

RAF. Tú no esperas.

JUL. Triste esperanza la tuya.

RAF. La sola que me es dado acariciar. Mi alma llora el despojo de su amor, porque ¿á qué negarlo? Julian, yo amaba tiernamente á Fanny. Ahora lo juro al cielo, la odio, la detesto, la aborrezco, mi lealtad no merecía tamaño perjurio.

JUL. ¡La amabas! pues ahí tienes el desenlace de los amores que tanto amparabas ayer. Ningun lazo os unía; al precio á que obtenías sus favores cualquier advenedizo podía disputártelos. Ha sido un amigo el rival afortu-

nado, un compañero admirador de tus doctrinas; algun lenitivo puede hallar tu quebranto.

RAF. No trates de acusarme. Tambien existen esposas desleales y entónces la infamia es mayor Ya no alcanza sólo á un hombre que por medio de las armas puede vengar, ya que no lavar su ofensa; los hijos heredan un nombre envilecido por la más ruin de las pasiones. Inútilmente arguyes para demostrarme que anduve equivocado.

JUL. Pero tu pensamiento ¿quién lo mueve? ¿quién roe tu conciencia, Rafael? (*con asombro*). Si cual tú pensaran todos los hombres ¿á qué mujer creeríamos digna de llamar nuestra madre? ¿á cuál nuestra hermana? ¿cómo sería posible llevar á nuestros labios nombres tan santos y queridos, sin sentir como nuestro rostro se cubre del rubor que falta al suyo? ¡Oh, Rafael! bien haces en correr en pos de la muerte; es preferible el descanso eterno, á la eterna duda y recelar contínuo.

RAF. Este ha sido mi destino; mi buena ó mala estrella me empujó á la corriente; si vislumbro el término de mi jornada, ¿á qué femeniles quejas?

JUL. No acuses á tu estrella. Cuando cerraste á su luz tus ojos emprendiste incauto la funesta senda. Recoge tu memoria, Rafael. Antes del amor mentido de Fanny, ¿no fuiste dueño del corazon de un ángel?

RAF. ¿A qué este recuerdo? (*contrariado*).

JUL. ¿Las emociones que á su influjo sentías no eran más dulces que las que te atormentan?

RAF. ¡Ah, Julian! (*con visible emocion*).

JUL. Estás conmovido. En vano tu pupila quiere ocultar una lágrima. Ménos mal si es del arrepentimiento. ¡Habla, Rafael, habla por caridad! (*suplicante*).

RAF. Tú no atribuirás á flaqueza de ánimo la emocion que me domina; bien comprenderás que no es hija del desaliento, pues me batiré; este es mi deber é inquebrantable mi resolucion para cumplirlo. Nimiedad sería que la

tierra, y la mar y todos los elementos se uniesen y juntos salieran á mi paso para oponerse á ese duelo, que el ímpetu de mi odio es tan inmenso que acabara con el mundo entero (*con energía*) (*transicion*). Pero ¿no eres tú mi mejor amigo, el compañero de mi vida? ¿por qué revelarte sólo la causa de mi duelo? ¿por qué no mostrarte mi corazon con los recuerdos que le conmueven? (*con doloroso acento*).

JUL. No tu amigo: dí mejor tu hermano. (*A brazándole.*)

RAF. Como á tal voy á hablarte. Esta noche, solo en mi gabinete, con mis recuerdos que tomaban cuerpo de realidad y mi conciencia que amargamente me acusaba, devorando la tortura de reciente ofensa, bulliendo en mi mente ideas de sangrienta venganza, junto al amor de Fanny, se ha levantado el amor de María cual alma purísima que se separa de espantable cadáver. ¡Quién por turbulenta que sea la existencia que abrace no ha tenido una primera edad, sembrada de generosas acciones, un primer amor, puro como la primera aurora, y qué dulce es su memoria en las tempestades de la vida si cual faro luminoso en nuestro conturbado espíritu brilla más pura su luz á medida que más pavorosas se levantan las sombras que nos envuelven! Cual consoladora esperanza renace en mí el amor á María, no sé si para bien de mis futuros días, ó por hacerme dulce la agonía en mi próxima muerte. Al borde de la tumba es insensatez, delirio formar proyectos ó acariciar esperanzas. La vida no me pertenece. Si la recobro por entero la consagraré á María. Ahora, Julian, fuerza es pensar en lo que nos resta hacer.

JUL. Bien haya la causa que tal reaccion obra en tí. Solos estamos, Rafael. Que te sobra corazon para batirte, bien lo sé; pero tienes una madre amantísima que morirá si mueres. María ¿á qué recordarlo? víctima es de su amor. Pendiente de la tuya su existencia, como la tuya se halla amenazada. ¡Yo estoy solo... solo en el mundo, no dejo ni

una madre que muera de dolor, ni una amada que muera con mi vida! si una esperanza fué mi sola dicha, mi triste compañera, á la amistad la consagro, ¿qué ménos puedo hacer por tí? (¿qué ménos por tí, mi bien?) *Con visible emocion.*)

RAF. No prosigas, Julian, que es muy generosa la accion que quieres proponerme para que yo pueda admitirla, mi solo y buen amigo. Tú amas á María y torpe mi labio destruye tu pura afeccion.

JUL. Amo á María, es cierto; pero ella á tí solo sabe querer. Tú puedes labrar su dicha, yo inútilmente me esforzaría para conseguirlo. Si los dos apetecemos su bien, y ella su bien sólo en tí lo cifra, ¿á qué exponer tu vida que es su vida, y siendo suya para mí adorada? (*Con mucha pasion.*) Rafael, yo me bato por tí. (*Con resolucion*).

RAF. Imposible, y advierte que á medida que crece en tí la abnegacion y grandeza, aumenta en mí el deber de hacerme digno amigo tuyo cumpliendo como á caballero. Los instantes trascurren con harta rapidez, Julian. No hay tiempo que perder. Pasa á la sala de armas y recoge las necesarias. Yo entretanto firmaré algunas disposiciones, que cuidarás de su cumplimiento si la suerte me es adversa.

JUL. Eres implacable.

RAF. Ante el honor sí. (*Se retira por la izquierda, Julian por el foro.*)

ESCENA III.

MARÍA.

Inútilmente lucho para conciliar el sueño, mis párpados no quieren cerrarse, mi febril imaginacion no quiere dejarme en paz. (*Ocupa una butaca al lado de la chime-*

nea, una llama rojiza ilumina su blanco traje, dándole un tono de luz natural, cuidando que no sea muy violenta.) Las emociones del baile han producido hondo estrago en mi frágil sér, duramente probado por contínuas amarguras. Creía haber vertido la última lágrima, y con tal abundancia las he vertido esta noche que en algunos instantes he creido que eran las primeras de mi vida guardadas hasta hoy en el fondo del alma. Creía haber sufrido el último dolor, y mi corazon se estremece dominado por mortal congoja. ¿Qué desventura no he sufrido todavía que con tal saña me amenaza?... Me falta aire. (*Se levanta y abre una de las ventanas. Amanece.*) Se apagan las estrellas, y ya el alba asoma. Si eres mensajera de paz bendita seas, llega presurosa á poner término á esta noche cruel... ¡Qué intenso frío circula por mis venas! (*Con espanto.*) ¡Quizá el de la muerte!... Si sufro tan cruelmente ¿qué quiere de mí la muerte? ¿qué puede arrebatarme? ¿no vivo muriendo? (*Con mucho desaliento y como hablando consigo. Deja la ventana y ocupa de nuevo la butaca*). ¡Al calor de esa llama cobraré calor! (*Queda levemente desvanecida.*)

ESCENA IV.

MARÍA, RAFAEL.

RAF. Todo queda dispuesto. Perdona, madre querida, si á las amarguras por mí sufridas añado la suprema, si no he correspondido á tu cariño y solicitud como debía; ¡he sido ingrato contigo! hoy, próximo á dejar de amarte, ¡te amo como sólo se ama ante la muerte!.. ¡Perdóname á tu vez, mi triste enamorada! ¡Adios, hogar de mis mayores, cuna de mis puras ilusiones! dentro de vuestros muros transcurrieron los más felices días de mi existencia, ¿qué

mucho que el ánimo me falte al separarme de vosotros, quizá por postrera vez? *(Se dirige á la puerta del foro y al ver á María desvanecida se detiene dominado por el mayor asombro.)* Pero ¿qué miro? ¿María en tan deplorable estado? qué hace aquí esta infeliz? *(Con creciente angustia.)* ¡Oh, no! ¡no es María! es la imágen del dolor que cobra cuerpo de realidad ante el que destroza mi corazon y perturba mi cerebro. *(Llevando una mano en la frente con actitud angustiosa cual si quisiera apartar de sí alguna ficcion dolorosa.) (Brevísima pausa.)* Tente, tente, pensamiento mio *(recobrándose);* no es ficcion engañosa, María es que cede á la vida víctima de mi inconstancia y de las amargas pruebas sufridas en la malhadada fiesta! ¿Qué debo hacer? ¿abandonarla en ese estado? ¡qué nuevo torcedor á mi conciencia! *(Llegando á María y tomando entre las suyas sus manos.)* María, vuelve en tí; ¿no me ves? ¿no me oyes? ¡Te me vas á morir! *(Con doloroso acento.)* ¡Destino impío! ¿es la tuya augurio de mi muerte? ¡María! ¡María, vuelve en tí! *(Abrumado de dolor cae de rodillas á los piés de María; ésta va recobrándose.)*

ESCENA V.

MARÍA, RAFAEL.

MAR. ¡Ay de mí! *(Con apagado acento.)*

RAF. ¡María! *(Con ternura.)*

MAR. ¡Un hombre á mis piés! *(Reconociendo á Rafael, que se separa rápidamente.)* ¿Eres tú, Rafael? ¿qué me quieres? habla, ¿por qué te alejas de mí? *(Levantándose presa de la mayor agitacion.)*

RAF. Salí de mi aposento y al verte desvanecida llegué á tí

para auxiliarte. (*Con aparente calma.*) Dime ¿aquí qué hacías? ¿por qué has abandonado tu gabinete? A esta hora tu presencia en este sitio no se comprende.

MAR. Singular es que tú hayas á la par abandonado el tuyo. No quiero saber qué te ha obligado á ello. A mí ha sido el insomnio, que en vano he querido vencer, el horrible frío que atería mi cuerpo. ¡Me siento muy mal, Rafael! (*Con mucho desaliento.*)

RAF. ¡Pobre hermana mia! Las impresiones del baile te afectaron profundamente. Duéleme haber contribuido á tu quebranto.

MAR. ¡Ciertamente, las impresiones del baile! (*Con amargura.*) No te preocupe mi estado que en nada has contribuido á agravar. Soy tan susceptible, tan nerviosa é impresionable, que todo me mortifica.

RAF. No es queja, trasciende á acusacion la amargura de tus palabras; no me acuses, María. Compadéceme mucho, pero no me odies.

MAR. ¿Odiarte yo? (*Con sorpresa.*)

RAF. Merecido lo tengo.

MAR. No conozco tan mezquino sentimiento.

RAF. ¡Dichosa tú mil veces! por eso apelo á tu corazon magnánimo, para que ampares al mio, náufrago de las turbulentas pasiones de la vida. Acógelo amorosa, que en tí tan sólo cifra su bien, su ventura y porvenir.

MAR. ¿Qué te propones? ¿debo creerte, ó huir de tí? Piensa lo que dices, Rafael; ayer hallaste mi corazon lleno de vida y en holocausto al amor de mi alma generosa te lo sacrifiqué. Hoy bien ves cuál es mi estado; inferir nueva herida á mis afecciones sería asestarle golpe mortal. ¡Déjale que muera! ¡no le mates!

RAF. Acerba expiacion, merecida por mi desvío; pero no olvides, María, que si yo fuí ingrato para dar al olvido tu amor inmenso, conciliadora debes mostrarte en la hora sublime que apelo á tu perdon. ¡Mi dulce amada! no has sido tú la sola en sufrir; yo á mi vez he padecido crueles

torturas. Sin embargo, ¿renacerá en mí la dicha si tú me la otorgas? ¿pero? ¿dudas todavía?

MAR. ¿Pues no he de dudarlo? *(Con apasionado acento.)* ¿Si me creía la más infeliz de las criaturas y mi alma se estremece por no poder abarcar la inmensa dicha que tus palabras la causan? *(Con emocion.)* ¡Siempre! siempre te he querido, Rafael mio, pero con un amor tan puro, tan tierno y grande, que cuando me sentía morir, lo estimaba como el mayor galardon que atesoraba mi alma para volar ante el trono de Dios. Si de nuevo me olvidaras, con igual fé te amaría, ¡me siento tan dichosa en este instante que temo morir anonadada de felicidad! *(La emocion corta la frase á María, que cae en brazos de Rafael, dominada por la impresion.)*

RAF. ¡Mi ángel bueno! *(Abrazando á María y con expresion de gozo. Al propio tiempo el reloj da las cinco. El mayor terror se revela en Rafael, que se separa súbitamente de María, disponiéndose á salir. Ante los umbrales de la puerta se detiene como luchando consigo mismo.)*

MAR. ¿Qué agitacion se apodera de tí? ¿por qué al sonido de ese reloj se hiela mi sangre, y el mayor espanto se apodera de tí?

RAF. ¡María, adios! *(Al abrir la puerta del foro aparece en ella Julian con una caja de pistolas en la mano. María da un grito de angustia y corre hácia la puerta, interponiéndose ante ella con actitud dramática, para impedir que salga Rafael. Julian revela el mayor asombro. Cuadro muy animado y á la discrecion de los actores.)*

ESCENA VI.

MARÍA, JULIAN, RAFAEL.

JUL. ¡Cielos! ¿qué miro? (*Entrando en el escenario.*)

MAR. ¡Todo, todo lo comprendo ahora! has querido desva-

necer de mi mente la dolorosa impresion recibida durante la fiesta forjando de nuevo dorada nube de risueñas esperanzas. Harto presiento la horrible desdicha que amenaza envolvernos. (*Abrazada en el marco de la puerta para impedir la salida de Rafael.*)

RAF. No te opongas á mi paso, María; advierte que cada momento que pasa me está gritando ¡cobarde! (*Con exaltacion.*)

MAR. ¡Si adivino lo siniestro de tu intento! (*En la misma actitud.*)

RAF. Pues si la adivinas, ¿por qué te opones? (*Con frenética exaltacion.*)

JUL. Desiste; es tiempo todavía (*suplicante*).

MAR. ¡Por tu madre, Rafael! yo te lo pido (*con angustioso acento, y siempre ante la puerta*).

JUL. Por esta infeliz, que muere de dolor (*indicando á María*).

RAF. Ruegos, súplicas, quejas ó amenazas, todo ha de estrellarse ante la voz de mi honor. María, de Dios es mi alma, tuyo mi corazon, pero mi honor es mio, ¡únicamente mio! Se le ultrajó en las tinieblas de la noche, y el alba no ha de ver mi ofensa. Mira su luz (*abrazando á María y llevándola ante la ventana*), por esta ventana asoma, y va á mostrarte mi ultraje (*con creciente exaltacion*). Si así me quisieras, ¡yo á tí te odiara!

MAR ¡Si tu vida es mi vida! ¡Odíame! ¡pero no mueras! (*con angustioso acento y luchando con Rafael para impedirle el paso*).

RAF. ¡Cruel obstinacion! ¡Destino bárbaro! (*logra al fin desasirse de María, y con acittud desesperada sale por el foro*). ¡Al fin!

JUL. ¡Pobre hombre! ¡Pobre mujer! (*sale con Rafael. María da un grito doloroso y oculta su rostro entre las manos. Abrumada de dolor cae en una butaca*).

ESCENA VII.

MARÍA.

(*Separando las manos de sus ojos y mirando con espanto en derredor*).

¡Sola! ¡sola! ¡ay, mísera! todo acaba en este triste día; ¡ella le mata y yo muero! ¡qué espantosa realidad! ¡Pobre alma mia! ¡cuán pronto nos separaremos! mis ojos se velarán para eclipsar para siempre las sombras de tus desventuras; ¡yo no puedo abarcar la inmensidad del amor que tú atesoras, ni tú cabes ya dentro la estrecha cárcel de ese sér sin ventura! ¡tú volarás á tu centro! ¡yo volveré á la nada! ¡Tengo miedo! ¡oh, no! no quiero estar sola! ¡Madre! ¡madre! (*conteniendo su grito de angustia*). ¿Qué iba á hacer? ¡me falta valor para revelar á la duquesa nueva tan infausta! (*con mucho desaliento. Se retira por la primera puerta de la derecha*).

ESCENA VIII.

DUQUESA.

Alguien me llama; creí haber oido la voz de María (*mirando con inquietud por todas partes*). ¡Salió del baile tan triste y abatida, y tan agitado Rafael! ¡qué funesto presagio conturbó mi ánimo! ¡Siempre recelar! ¡siempre temer! ¡triste existencia la mía! ¡ver en constante amenaza la dicha y tranquilidad de los séres que más tiernamente estimo! Veamos si esta desgraciada ha conseguido el descanso, si las voces que han llegado á mis oidos han

sido ficcion de dolor (*levantando el portier del aposento de María*). ¡Llora y reza! ¿por qué? ¿para quién? ¡pobre hija del alma! (*con angustioso acento*). ¡María! ¡María!

ESCENA IX.

DUQUESA, MARÍA.

MAR. ¡Madre del alma! (*arrojándose en brazos de la duquesa*).

DUQ. ¿Por qué ese duelo, María? ¿por qué ese llanto?

MAR. ¡Rafael!

DUQ. ¿Mi hijo? ¿Es él quien arrasa de lágrimas tus ojos?

MAR. Me falta aliento para hablar.

DUQ. ¡Rafael hablará entónces! (*dirigiéndose al aposento de su hijo, y volviendo dominada por la mayor agitacion*). ¡Sola la estancia de Rafael! ¿Dónde está mi hijo? Tú lo sabes, María, ¡habla! ¡habla! por caridad (*con ansiedad*).

MAR. (¿Cómo se le dice á una madre que su hijo corre en pos de la muerte?) (*con angustioso acento*).

DUQ. María, mira que mi pensamiento se desgarra y estremece entre crueles dudas y funestos temores; no dilates más mi horrible martirio; la verdad más amarga es más generosa que ese silencio que cierra tus labios como guardadores de mortal desdicha.

MAR. Anoche, poco ántes de retirarnos del baile, Rafael y Cárlos sostuvieron un grave altercado, motivado por las veleidades de aquella pavorosa mujer.

DUQ. Prosigue.

MAR. Acosada por las duras emociones experimentadas durante la fiesta, inquieta por triste congoja que en vano he pretendido dominar, he dejado el lecho para buscar amparo al calor de esa chimenea De pronto la presencia de Rafael me ha sorprendido, luégo su creciente tur-

bacion me ha causado miedo; despues, adivinando lo siniestro de su plan, he implorado... Luégo *deteniéndose como atormentada por una memoria penosa*).

DUQ. ¡Acaba, por favor!

MAR. Julian ha estado. ¡Si no puedo continuar! (*con dolorida expresion*).

DUQ. Continuaré yo: Rafael se bate con Cárlos, ¡hé aquí la terrible verdad que tratas de ocultarme! héla aquí (*con creciente expresion de amargura*). Si todo lo adivino ya, si surge de mi memoria la extraña conversacion que en este sitio y á presencia nuestra sostuvieron ambos ayer, ¡Cuán torpe anda la imaginacion! ¡cómo se ofusca y se perturba á veces! A presencia nuestra se concertó ese duelo infausto, ¡y no lo comprendimos! ¡no lo adivinamos!

MAR. No, duquesa; aquí se formó la nube, en el baile desató la tempestad.

DUQ. Hijo querido, ¡yo te bendigo en esta hora suprema! Corramos en su busca.

MAR. Vano deseo, ¿dónde ir, si ignoramos el sitio del suceso?

DUQ. Donde el corazon me dicte, que el corazon de una madre nunca miente, nunca engaña.

MAR. ¡Ilusion sublime! pero al fin ilusion!

DUQ. ¡Pero no vuelve mi hijo! ¡Ampárale, Dios clemente! Oremos por mi Rafael, María.

MAR. ¡Orar! ni ese consuelo nos resta, que no le pediríamos á Dios una vida, sin que le pidiéramos una muerte! (*con expresion delirante de dolor*).

DUQ. Ya la amargura desborda de tu alma, y ahoga con su ímpetu tu fé (*con creciente angustia*).

MAR. No, madre, el duelo es á muerte. ¡Uno debe caer! ¡otro vivir! (*con desesperado acento*). ¡Oremos! pero ¿qué vida queremos salvar? ¿qué muerte vamos á pedir? (*con febril resolucion*).

DUQ. La misericordia divina puede amparar á los dos.

MAR. Si Dios maldijo al primer fratricida, maldito quedó el

duelo (*con exclamacion de terrible angustia*). No podemos orar, inevitable es la desdicha (*con desfallecido acento. Cae en una butaca cual si la vida la abandonara*).

DUQ. ¡Qué hacer entónces! Donde acaba la fé del alma (*con mucho desaliento*) empieza la duda (*con espanto*) del corazon, la incertidumbre que descompone el pensamiento (*como hablando consigo; brevísima pausa*). No; si yo en tí tan sólo espero ¡perdon, Dios mio! ¡perdon! (*se deja caer en una butaca, y oculta su rostro entre las manos; sollozando vivamente conmovida*).

ESCENA X.

Dichas, JULIAN.

MAR. Alguien llega (*levantándose y corriendo hácia la puerta*). ¡Julian! ¡Julian solo! ¡Muerto Rafael! ¡Jesús mil veces! (*con expresion de profundo dolor: lucha consigo cual si quisiera manifestar toda la pena que siente; pero como dominada por fuerza superior, cae de nuevo en la butaca. Muy vivo el movimiento de la presente escena*).

DUQ. ¡Muerto mi hijo! (*levantándose. María permanecerá sentada toda la escena*).

JUL. Rafael vive; yo le precedo para anunciarlo así.

DUQ. ¡Vive, y deja que yo muera de angustia!

MAR. ¡Generoso, pero vano pretexto!

JUL. Alejen de sí todo temor, que el dolor me delatara, si torpe el labio quisiera mentir falaz ventura.

MAR. ¿Por qué ha venido usted solo? ¿por qué Rafael no le acompaña? ¿por qué la emocion á todos nos embarga, por más que usted pugne para ocultar la suya?

JUL. ¿Acaso no me asiste razon para estar transido de dolor? Pluguiera al cielo haberme evitado la dura prueba á que acaba de sujetarme. ¡Testigo de un duelo entre dos

amigos de mi alma! hoy más queridos que nunca, pues la inmensa desventura que los envolvía prestaba á mi cariño toda su fatal grandeza. Hemos llegado al sitio convenido, rebosando odio y rencor sus corazones; destrozándose el mio. á medida que se acercaba el lance cruel. Tétrico era el cuadro, el más lúgubre silencio reinaba por doquier. A un tiempo han llegado los dos carruajes. Cárlos y Rafael se han saludado indiferentes; Fernando y yo hemos cumplido como hermanos cariñosos; primero como á buenos amigos, despues, más tarde ¡ay! ¡como mudos testigos de un drama sangriento! Dada la señal á la par, han disparado sus armas; la bala de la de Cárlos extraviada, la de Rafael ha penetrado en el corazon de nuestro pobre amigo (*con emocion*).

DUQ. ¡Qué horror!
MAR. ¡Qué horror! } (*con espanto*).

JUL. Cárlos ha caido exánime; de su herida ha brotado un raudal de sangre, de los ojos de Rafael un raudal de lágrimas. Fernando permanecía en pié, inmóvil, mudo, aterrado; yo en tanto restañaba la sangre de aquella herida y á su contacto ¡mortal se abría en mi alma! tranquilizaba á Rafael, y ante tanta pena y desolacion, el valor me abandonaba. Rafael sólo veía al amigo espirando, y aumentaba mi pena la idea de que aquí morían de angustia dos séres que tiernamente adoro.

MAR. (¿De nuevo la revelacion de su cariño?)

DUQ Gracias, mi buen amigo, mensajero de mi dicha.

MAR (¡Rafael matador! ¡sus manos teñidas de sangre!) (*con espanto*).

DUQ. ¿No resta esperanza alguna para la salvacion de Cárlos?

JUL. Delirio fuera acariciar una sola.

MAR. (¡Unir á la suya mi existencia, y á la mía su enorme remordimiento!)

DUQ. ¿No te regocija la nueva venturosa? (*á María*). Pero ¡qué miro! tú vacilas, tu palidez aumenta, ¡ahora eres tú la que me causa miedo! (*abrazando á María*).

JUL. Esta prueba acaba contigo (*llegando á María para auxiliarla*).

DUQ. Vuelve en tí, mi pobre niña (*María permanece desvanecida en la butaca*).

JUL. ¡Si es esta tu última hora, reciba yo tu postrer aliento! (*cae de rodillas á los piés de María*).

DUQ. ¡Rafael, llega! al eco de su voz volverá á la vida. (*Sale al encuentro de su hijo, que aparece con actitud desesperada por la puerta del foro.*) ¡Hijo del alma!

RAF. ¡Madre querida! (*Abrazándola.*)

ESCENA XI.

Dichos, RAFAEL.

JUL. Este es tu sitio (*levantándose*). (*La situacion de los actores será como sigue: María en la butaca y á sus piés arrodillado Rafael, á su derecha Julian y la duquesa, en pié los dos. La luz roja que despide la chimenea refleja en la parte inferior del traje de María, aumentando gradualmente, sin que la combinacion resulte violenta ó demasiado rápida.*)

RAF. María; vuelve en tí, y mírame á tus piés de amor rendido; otórguenme tus labios la ventura que ansío, y el cielo se regocijará de nuestra dicha.

MAR. ¡Qué... dolorosa... emocion..! (*Recobrándose.*)

JUL. Se recobra.

DUQ. Vuelve á la vida.

RAF. ¿Cómo morir, si la dicha nos aguarda?

MAR. Mi pensamiento... se disuelve; me abandona.

RAF. ¿Pero? ¿no me ves? ¿no me oyes? (*Con delirante pasion. El resplandor de la chimenea ilumina sus manos.*)

MAR. ¡Sí... todo... todo lo recuerdo ahora! (*Mirando con terror á Rafael y levantándose súbitamente como atra-*

da por fuerza superior.) ¡Sangre en tus manos, y en mis vestidos sangre! (*Huye del lado de Rafael, refugiándose en brazos de la duquesa. Rafael, al ver el color rojizo de sus manos, las oculta apresuradamente.*)

RAF. Esta roja llama te ha delatado mi crímen. Sí, María, soy un desdichado homicida que implora el perdon de un ángel para arrancar de su turbada conciencia un remordimiento feroz que me trastorna y enloquece. (*Con visible agitacion.*) Yo no quise matar á Cárlos; atentó á tu imágen al apuntar á mi corazon, y bien comprenderás que tal perfidia no podía dejarla impune. ¡Osó á lo inmenso y lo empujé al abismo! suya fué la culpa, justo el castigo. (*Revelando siempre la mayor inquietud y agitacion.*)

MAR. ¡Rafael de mi alma! (*Con desfallecido acento.*)

RAF. ¡Mi María! (*María se desprende de los brazos de la duquesa, y cae exánime en una butaca.*)

JUL. (¡Para él tambien su postrer pensamiento!)

RAF. Tus ojos se nublan, tu palidez me aterra, ¡habla, por favor! ¿qué sientes?

MAR. ¡Qué... horrible... frío! (*Con apagado acento.*)

DUQ. ¡María!

JUL. ¡María!

MAR. Pavorosa..... oscuridad..... (*cae en brazos de Rafael*).

RAF. ¡Frio... oscuridad! ¡Muerto mi bien! Tremenda expiacion; ¡matador del amigo, y tú muerta por mi culpa! (*con amarga congoja*).

JUL. ¡Pobre amigo! una mujer funesta puso el arma en tus manos; tú eres quien la ha esgrimido, ella quien ha muerto á Cárlos. ¡Esa desventurada!

RAF. ¡Muere por mí! ¡Triste verdad, Julian! ¡Hay mujeres que matan, y mujeres que mueren! (*Queda arrodillado á los piés de María. La duquesa cae en brazos de Julian dominada de dolor. Cuadro á la inteligente discrecion de los actores*).

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Sres. Viuda é Hijos de Cuesta, Carretas, núm. 9.
D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.
D. M. Murillo, Alcalá, núm. 7.
D. Manuel Rosado, Puerta del Sol, núm. 9.
Sres. Córdoba y Compañía, Puerta del Sol, núm. 14.
D. Simon y Osler, Infantas, núm. 18.
Sres. Gaspar, editores, Príncipe, 4.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

D. Miguel Mora, Rua do Arsenal, núm. 94, en *Lisboa*.

FRANCIA.

Mr. E. Denné, 15 Rue Monsigny, *París*.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

Barcelona: Imprenta de Luis Tasso. Arco del Teatro, núms. 21 y 23.